

# La Poesía en la Naturaleza

**Vicente Palés Anés**

La poesía, ese espontáneo brote del corazón, esa flor de delicado perfume que se abre dentro del alma, es quien despierta en el hombre la fibra del sentimiento. Ella, como una maga cariñosa, nos acompaña toda la vida, nos recibe al nacer y nos aduerme en la cuna, envuelta en esas canciones de ritmo lento y sosegado, lánguidas como el sueño, melancólicas como el lejano arrullo del mar, dulces como la ternura de la madre que las canta, puras como la inocencia que las escucha. Y en toda nuestra peregrinación por la vida, ella alfombra nuestro camino de flores e impregna de músicas el aire.

Cuando el corazón del niño es blando como la cera, en esa edad purísima como un rayo de sol, en que empiezan a esbozarse las pasiones, en que los elementos que han de constituir luego nuestra complexión moral se hallan aún disueltos, sin forma ni consistencia, hasta que condensándose poco a poco bajo la presión de los años se precipitan y cristalizan para formar el fondo de nuestro espíritu; en la infancia, los versos escuchados, abriendo anchos surcos en el corazón, a menudo deciden del carácter, de los gustos y de las aficiones del hombre.

Pero he de considerar aquí la poesía bajo un solo aspecto, en sus relaciones con la naturaleza, sin entrar en clasificaciones, ni hacer juicio alguno de los varios géneros en que se manifiesta.

La poesía se halla difundida en el globo como el magnetismo, como la electricidad; y así la vemos brillar con Ossián bajo las brumas del cielo de Escocia y con Antar en los caliginosos desiertos de Persia o de Arabia. Como estos mismos agentes se acumulan en las regiones calurosas, ella se manifiesta más espléndida, más fresca, más rica y exuberante en los países más favorecidos por la luz.

Esta misma exuberancia, este exceso de savia poética, es lo que engendra la hipérbole que tanto abunda en la poesía de los meridionales y sobre todo de los orientales, en donde hasta el lenguaje llano y el estilo epistolar se resienten tanto de ella.

La poesía meridional está más cargada de juegos nutritivos, si me es permitida la frase, como son la luz que irradia a torrentes de aquellos cielos metálicos y deslumbrantes de limpidez, la vegetación que se alza lozana y majestuosa y tantos paisajes hermosísimos que impresionan la vista y hacen brotar, como brota el manantial de las peñas, el entusiasmo artístico a borbotones del alma.

La poesía no puede ser más que el reflejo de la naturaleza ambiente por la estrecha e íntima conexión entre nosotros y el universo, entre nuestro mundo interior y el mundo externo.

Vemos así la poesía del Norte, fría, conceptuosa, brumosa y melancólica, como el suelo que la produce. Aquellos poetas tienen que buscar la inspiración en aquellas regiones casi desprovistas de toda belleza; tienen que entresacar lo bello del seno de tanta fealdad y aridez, y las nieblas, los aludes, los ventisqueros, los bosques de esas coníferas lánguidas y soñolientas, y el invierno en fin, atiborrado de hielos, son los únicos agentes que despiertan y estimulan su imaginación, son como a modo de savia vital que alimenta su fantasía.

¡Pobres ruiseñores, perdidos entre las nieblas, ateridos de frío, lejos del calor vivificante de los trópicos, de las espléndidas florestas ecuatoriales!

Leed a Bello y os sentiréis penetrados de indecible entusiasmo; y a los conjuros de su lira veréis el arroyo que salta y culebrea entre las rocas como serpiente de cristal. El condor que se levanta majestuoso hasta las cimas de los Andes y se pierde en las nubes, como vuela el pensamiento del hombre hasta las más altas cumbres del infinito y se pierde en Dios. Y veréis aquellos bosques entrelazados de lianas, oscuros e inextricables como los abismos de la ciencia. Aquellos bosques donde hay serpientes por enredaderas, cedros gigantes por maleza, y en donde a los acordes del ruiseñor y del turpial se mezcla en extraño concierto, en sublime y aterradora sinfonía, el rugido de los jaguares, de las panteras y de los leones, el gruñido de los osos, el silbido de las boas y el agrio y desapacible rumor de los crótalos de la

serpiente de cascabel. Y sentiréis los perfumes, las emanaciones, la respiración de aquellas selvas vírgenes y en vuestros rostros el rayo de aquel sol ardiente y la caricia de aquel cielo tempestuoso, eléctrico y vibrante. Las mugientes cataratas, los estremecedores ríos, tan anchos como lagos, y aquellos lagos, verdaderos mares, todo esto lo sentiréis, sí, si tenéis fantasía, al recorrer las páginas inmortales de “La Zona tórrida”.

¡Ah!, la poesía del Norte es más reflexiva, más filosófica, si queréis, porque allí se vive la vida del espíritu, la vida de la contemplación interior. La poesía meridional es más viva, más espontánea, más brillante, porque aquí se vive la vida de los sentidos, la vida de la contemplación externa.

Aquella es una vida subjetiva, egoísta, individual, y ésta es una vida objetiva, pródiga, difusa. Aquella es triste, fría y amarga, como el arrepentimiento, ésta incitante, ardorosa y avasalladora como el pecado. Media entre ambas la misma diferencia que entre un suspiro y un grito de entusiasmo, que entre una plegaria y un canto de placer. La vida del Norte es la matrona augusta, austera y grave; la vida de los países meridionales es la bacante ebria, lasciva y delirante. Esta diferencia existe entre ambas poesías y constituye sus caracteres [sic] más salientes y distintivos. Así, pues, no sería absurdo afirmar que el calor, que es el termómetro de la vida, sea también la medida del sentimiento poético.

Todo en los países ardientes convida a la poesía. En ellos se desborda la copa de la vida siempre llena de su extraño licor hasta los bordes. El entusiasmo es el tono dominante, es el rasgo característico del vivir en estas regiones; el entusiasmo que ríe, que canta, que se estremece en mil voluptuosidades, que se arroba a cada instante en éxtasis de placer, que se aduerme en encantadores ensueños, que se exalta en amorosos transportes y se desborda en efusiones líricas.

La vida no es más que una continua embriaguez, una exaltación delirante, un vértigo arrebatador.

¡Qué hermoso espectáculo, el espectáculo del día en estas regiones! Si estáis en medio de los campos, si no sois insensibles a las magnificencias de la creación os sorprenderá agradablemente el animado cuadro que os ofrece a vuestros ojos.

¡Cómo se extiende el bosque cuajado de árboles, de árboles milenarios que ostentan como símbolo y atributo de su vejez, luengos festones de cenicientas plantas parásitas, semejantes a los cabellos blancos de un anciano! Veis aquellos troncos corpulentos que parecen coetáneos de la creación, aquellos gigantes de la vegetación tropical con las raíces en las profundidades de la tierra y con la copa florecida, como gigantesco búcaro, ondulando en las altas regiones del aire, recogiendo de los cielos la más pura y vivificante luz y enviándoles en cambio, sus perfumes que ningún céfiro esparce por la tierra, sino que se elevan al empíreo, a la manera de aromosa plegaria y de virginal incienso.

Aquello es una fiesta que ríe a vuestros ojos. Las ramas, revestidas con el verde manto de las hojas, amenazan romper la corteza que las envuelve con el exceso de la savia que las vivifica.

Miríadas de insectos, como polvo vivo, se agitan por todas partes, descomponiendo la luz en fantásticos cambiantes. Las aves revolotean por do quiera, como errantes lirás, poblando el aire con sus primorosos y filigranados [sic] cánticos. El fresco rocío de la mañana, lavando toda aquella lujuriosa vegetación, acentúa más y más el verdoso y alegre matiz. Cada rama es una guirnalda de nidos, de cada nido brota un concierto y cuando pasa el aura, cargada de perfumes, y agita el bosque que tiembla de voluptuosidad al recibir su tibio beso, se levantan de allí ráfagas de extraña y arrebatadora melodía, deliciosa música, como si aquellos árboles tuviesen como los del paraíso muslin [sic], a manera de flores, campanillas de plata, vibrando todas juntas al beso de la brisa.

Aquí un arroyo que salta quebrando entre las rocas sus filigranas de espuma, sus líquidos diamantes. Allá una catarata desgredada como una furia que se precipita con estruendoso vértigo. Acullá un enjambre de mariposas que surge de pronto de entre el verde ramaje como brotan los pensamientos del cerebro y las armonías del laúd. Y cuando todo esto os sonríe, cuando estáis ya embriagados de aromas y de murmullos; cuando se apodera de vosotros dulcísimo éxtasis, éxtasis de admiración ante tanta belleza, entonces ¡ah! una emoción suavísima os embarga; veis allá en el oriente recamado de púrpura, entoldado de arreboles, salir el sol, gigantesco bólido de fuego, arro-

jando de su frente oleadas de luz, torrentes de electricidad y raudales de vida, y cuando el arroyo, el río y el torrente redoblan sus murmullos, y el ave con más fuerza exhala sus gorjeos, cuando todo se despierta, todo se agita, y parece que salta la naturaleza de su mullido lecho de flores, arrojando lejos de sí sus sábanas de neblina, entonces caeréis de hinojos, murmurando una oración o un himno, como lo hacéis cuando el sacerdote levanta la hostia en el altar, figurándose que un arcángel inmenso, sacerdote invisible, alza también el sol, enorme cáliz de oro, sobre los altares de la creación.

¡Oh!, cuán hermosa, cuán viva y superabundante es la vida en estos climas! Por eso es tan rápida como un meteoro.

La tierra, perpetuamente fermentada por el calor del sol, se cubre, sin intermisión, de frutos. El árbol arroja sus vástagos, las plantas están eternamente vestidas de flores. Las aves exhalan su amoroso delirio cantando entre el follaje. El año es una continua floescencia, un círculo perpetuo de entusiasmo y de alegría, y es amor todo cuanto se agita en la tierra, cuanto nada en los senos del agua, cuanto vuela en la atmósfera.

Parece que está escrita sobre estos países con caracteres de luz y con alto relieve la palabra “¡Felicidad!”.

Por esa razón, la poesía, que no es más que el sentimiento exquisito de lo bello en la naturaleza y en el alma, como esas aves que vuelan a climas mejores, huye despavorida de las regiones brumosas y frías, buscando el calor, la vida y la luz, y viene a colgar su nido en los jardines de los trópicos y en las espléndidas florestas del ecuador.

El pueblo español, el italiano y el griego, por ser los más ardientes, por la belleza de sus suelos respectivos, son los pueblos poetas, los pueblos artistas por excelencia de Europa. El Norte es muy poco propicio al Arte. El invierno amortaja la inspiración. El hielo es el emblema de la aridez y de la muerte. Byron, huyendo el clima de Inglaterra, fue a morir a Grecia; Heine, esquivando las brumas de Alemania, se hizo enterrar en París.

La poesía es el culto de la naturaleza. Los poetas que más nos encantan son aquellos que han consagrado su lira a cantar las bellezas de la creación. Leed a Virgilio; abrid su poema de las Geórgicas, ese inmortal poema tan antiguo y tan nuevo, y veréis allí el universo

vivo, fresco, lozano, el universo aún más hermoso, más brillante, más espléndido, la naturaleza ataviada con todas sus galas y perfumada todavía por el aliento de Dios.

Doquiera que esté la belleza, allí está la poesía, su compañera inseparable. Sin duda que las obras del hombre, una ciudad, un monumento, la historia, esa estela brillante que va dejando la humanidad al atravesar los siglos, fuego fatuo que ilumina el cementerio del pasado, vaso del tiempo en cuyo fondo las edades al evaporarse depositan sus sedimentos de recuerdos, despiertan y estimulan poderosamente la inspiración; pero no hay nada comparable con la naturaleza, obra de Dios; con la naturaleza siempre hermosa, siempre espléndida; ya se ostente serena y apacible en la calma, ya trastornada y loca en los cataclismos, ya alegre y sonriente con el vespertino crepúsculo.

La naturaleza es un foco inmenso de inspiración.

El arrullo de la tórtola, el viento que susurra entre las ramas del bosque, el aura que se queja dolorida besando los juncos de la laguna, el águila que se pierde en las nubes y sonda el infinito con su mirada, el volcán que se abre encandecido como florón de fuego, el mar, esa gigantesca creación donde riel la eternidad; la noche azul y misteriosa con sus negros ropajes; las estrellas encendiéndose a su beso como fantástico torbellino de luciérnagas; los cometas, esas serpientes del infinito arrastrándose en el espacio y desplegando orgullosos en él sus gallardetes de materia cósmica; el lago que se dilata azul y sonriente, precioso diminutivo del mar, fragmento del cielo dibujado en espejismo sobre la tierra; una rama que se dobla, una hoja que se cae, todo esto encierra veneros de inspiración y es fuente inagotable de emoción estética.

¡Ah!, dichosos los que saben sentir y admirar las bellezas del mundo! ¡Dichosos los que bien hallados con la vida, no como hijos ingratos reniegan de la tierra y ven en esta espléndida morada, en este palacio de maravillas, una cárcel asfixiante y oscura, un valle de lágrimas y de eternas tinieblas!

¡Desdichados los que, ansiosos de análisis y de investigación, lanzan su espíritu como corcel de fuego a las más altas cimas del pensamiento, a las nebulosidades del misterio, a esas alturas vertiginosas donde todo es yermo y el aire irrespirable, para caer luego precipita-

dos, como cayó Satanás, y heridos por el rayo de la duda, solitario y terrible morador de aquellas regiones!

¡Felices los poetas, esos ruiñeñores del mundo intelectual, porque sienten en su alma todos los efluvios del universo, como siente el lago hasta el más leve soplo del aura!

Ellos, en las tempestades de la vida, hallan seguro refugio en los brillantes senos del Arte y de la Naturaleza.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Vicente Palés Anés, “La Poesía en la Naturaleza”, *Almanaque las Damas para 1887*, San Juan, Tipografía de José González Font, 1886; pp. 94-104.